

**“El pasado era un cuadernillo de notas  
que se me extravió.”<sup>1</sup>  
A propósito de *Zama*, de Lucrecia Martel  
(Argentina, 2017)**

Irina Podgorny<sup>2</sup>

211

REVISTA DO PROGRAMA DE PÓS-GRADUAÇÃO EM CIÊNCIA DA INFORMAÇÃO DA UNIVERSIDADE DE BRASÍLIA

La vida de un funcionario, de un científico, de un viajero, el transcurrir de un museo existe por sus notas. Por sus cuadernos. Por las letras que registran las cosas, las palabras, marcando el tiempo entre ellas y los espacios por donde se escurrirá el futuro. Perdidas, todo se desbarata. No por nada, en *Zama*, tanto en la novela de Antonio Di Benedetto (Mendoza, 1922- Buenos Aires, 1984) como en el guión de Lucrecia Martel (Salta, 1961), el destino –el antes y el después- se articula alrededor de la voluntad de Miguel Fernández, oscuro secretario en la casa de la gobernación en Asunción, de redactar un libro. Quien escribe, sobrevive, quien pierde la pluma o las manos, se desintegra. (cf. Podgorny, 2018)

*Zama*. Dirigida por Lucrecia Martel según su propio guión basado en la novela homónima, se estrenó en la Argentina el 28 de Septiembre de 2017 con producción de España, Brasil, Estados Unidos, Francia, Holanda, México y Portugal. Según los anuncios de la película se trata de la historia de “Diego de Zama, un funcionario americano de la Corona española que espera una carta del Rey que lo aleje del puesto de frontera en el que se encuentra estancado. Su situación es delicada. Debe cuidarse de que nada empañe esa posibilidad. Se ve obligado a aceptar con sumisión cualquier tarea que le ordenen los Gobernadores que se van sucediendo mientras él permanece. Algunos años transcurren y la carta nunca llega. Al advertir que en la espera ha perdido todo, Zama decide sumarse a una partida de soldados y partir a tierras lejanas en busca de un peligroso bandido.”

No voy a enumerar los premios ni los actores, tampoco repetir los elogios de sus críticos ni el encono de sus pocos detractores. Por el contrario, me referiré a los animales que en *Zama* nos miran desde la pantalla. Como la llama que acompaña a don Diego en algunas de sus entrevistas con el gobernador. Viva, claro está. Quizás para contrastar con el famoso cadáver de mono con el cual se abre el libro y que entero y no descompuesto, enredado en las idas y vueltas del río no puede terminar de irse. Un cadáver que, por otro lado, cualquier naturalista se hubiese lanzado a rescatar del agua para abrir y auscultar. O para desecarlo y –empajado- mandarlo al Real Gabinete de Madrid para así ganarse los favores de su Majestad. Ni hablar de esos peces “que las aguas no quieren”, el sueño de cualquier coleccionista, el pasaje seguro para conseguir el traslado a cualquier destino máspreciado. Pero no, don Diego de Zama y Lucrecia Martel prefirieron dejar las cosas estancadas en su irse pero no, en esa trama donde los muertos se desagregan con los vivos, donde los animales miran desafiantes -o no tanto- con sus ojos reflejando la lente. Como en las fotografías que Adriana Miranda acaba de recopilar en *El Objeto viviente* (Miranda, 2016) porque, a fin de cuentas, cualquiera de esos animales -con sus ojos de vidrio, de papel o de celuloide (perdón por el anacronismo)- a esta altura de la historia, es un arte-

<sup>1</sup> Antonio di Benedetto, *Zama*, Buenos Aires, Alianza, 1984, p. 147.

<sup>2</sup> Museo de La Plata/CONICET. Email: ipodgo@isis.unlp.edu.ar

“El pasado era un cuadernillo de notas que se me extravió.”  
A propósito de Zama, de Lucrecia Martel (Argentina, 2017)

facto humano. O mejor dicho, desde que el hombre es hombre, ¿fueron alguna vez otra cosa?

No voy a ser la primera en recordar que, entre las fuentes de Di Benedetto, además de la biografía del asesor letrado, el jujeño Miguel Gregorio de Zamalloa (1753-1819), se debe contar la vida, la obra y la espera del ingeniero español Félix de Azara (1742-1821) (Filer, 1982). Azara, como es bien sabido, quedó varado en la Asunción por más de veinte años. En esa espera, empezó a interesarse en los cuadrúpedos y animales de la región. Claro que en Asunción no lo acompañaba ninguna llama, uno de los tantos íconos elegidos para los países de los Andes pero ausentes de las tierras bajas del Paraná y del carácter inundable del Paraguay. Pero en cambio, las páginas de Azara, como la película de Martel, están repletas de sonidos, cuchicheos y miradas.

“Yo no he oído croar más que a una sola rana de España en un pequeño estanque que se encuentra en la ciudad misma de Asunción, lo que me hace sospechar que no se hallan fuera de allí en el país.” Con la reminiscencia de ese sonido y de sus ausencias o silencios, Azara iniciaba la sección dedicada a la descripción de los sapos, culebras, víboras y lagartos publicadas en 1802. Entre 1782 y 1801, entre los 24 y 36° de latitud austral y los 57 y 60° de longitud occidental, Azara se había dedicado a tomar notas sobre los cuadrúpedos conseguidos a través de diversas diligencias. Formado en la Academia Militar de Barcelona y agregado a la marina con el grado de Teniente Coronel del Real Cuerpo de Ingenieros y Capitán de Fragata, había pasado a América en 1781. Llegó como primer Comisario de la Tercera Partida de la Comisión Demarcadora de Límites entre las posesiones de España y Portugal que actuó entre los años 1783 y 1790, según las condiciones del Tratado de San Ildefonso. Azara, al llegar a la capital del Paraguay, constató que la contraparte de la comisión portuguesa no había arribado aún ni había noticia de cuándo lo haría. No se le había dado instrucción para este caso. Por eso –como el Miguel Fernández de la novela y de la película:

“me vi precisado á meditar sobre la elección de algún objeto que ocupase mi detención con utilidad. Desde luego vi que lo que convenía á mi profesión y circunstancias era acopiar elementos para hacer una buena carta ó mapa, sin omitir lo que pudiera ilustrar la geografía física, la historia natural de las aves y cuadrúpedos, y finalmente lo que pudiera conducir al perfecto conocimiento del país y sus habitantes” (Azara, 1904)

En las páginas de Azara, los cuadrúpedos aparecen despanzurrados, cazados, entrampados discutiendo con la obra de Buffon, quien, a pesar de solo haberlos visto en lámina, cuento o deformados por el envío ultramarino, desde el *Jardin du Roi* de París, gobernaba sobre los cuadrúpedos del universo conocido. Incluyendo el Paraguay. Los animales de Azara se presentan a testimoniar con su propia voz, que no es la de ellos, sino las de los habitantes de la zona, que los conocen, saben cómo miran, cómo caminan, cómo actúan. Y cómo hablan. Nada más locuaz que el yaguareté que, con agudo sentido y paladar sabe distinguir –como el Zama de la novela– entre las carnes española, negra e india. Y conoce de esos peces que se dejan encantar por las secreciones de su boca:

“En las Pampas de Buenos Ayres, que carecen de bosques, el Yaguareté se oculta en los esteros y en las cuevas subterráneas que fabrican los Perros cimarrones; pero en el Paragüay vive en los esteros y bosques grandes, prefiriendo los inmediatos á los ríos caudalosos,

que atraviesa nadando con soltura y primor, y caza en las orillas Capibáras y lo que puede. Aseguran generalmente que entrando un poco en el agua de los remansos, dexa caer babas que atraen á los pescados, y que los arroja fuera de una manotada, porque le gustan mucho. Varios testigos me aseguran haberle visto pescar así, y haber cogido los pescados que había arrojado fuera, porque dicen que no los come hasta haber cogido bastantes. Devora los Perros y á todo animal, y en sus excrementos he visto las espinas del Cuiy. También caza Burros, Mulas, Caballos, Vacas y Toros, matándolos de un modo extraño; porque salta sobre el cuello de la res; y poniendo una mano en el cogote ó cuerno, agarra con la otra la punta del hocico y la levanta, desnucando la víctima en un momento. No mata sino lo que necesita ; y si encuentra un Buey ó Caballo acollarado ó atado con otro, solo quita á uno la vida, haciéndonos ver que no es cruel sino por necesidad. Hallándome en el campo me dixéron, que acababa de matarme un Caballo: fuí al momento, y ví que escasamente había comenzado á comer el pecho. No hallé á la fiera, y hice arrastrar dicho Caballo hasta ponerle á tiro de un árbol, donde me propuse esperar. Luego me separé á comer media milla, dexando un centinela, que al momento me avisó que el Yagüareté, pasando un rio ancho y muy profundo, habia tomado al cadáver con la boca, y arrastrándole sesenta pasos por un barbecho, se habia arrojado á dicho rio, y pasádole al bosque de la otra banda. Yo mismo ví el rastro hasta el agua, y no pasé á la orilla opuesta, por no tener un Perro ni otro auxilio que mi escopeta. No hay aquí quien no asegure la facilidad con que el Yagüareté arrastra un Caballo ó Buey muerto llevándole al bosque, venciendo ademas la repugnancia que opone otro Buey ó Caballo vivo acollarado con el cadáver. No oculta la comida sobrante, y caza sorprendiendo y asaltando como el Gato al Raton. Su primer ímpetu es ligero, y no yerra la presa; pero le cuesta algun tiempo ó trabajo el dar vuelta, y no es muy veloz en la carrera. Suponen, que si encuentra una tropa de viajeros dormidos, se lleva al Perro si le hay: en su defecto al Negro: despues al Indio; y que solo pillá al Español en defecto de los dichos. Pero lo comun es agarrar al Perro ó la carne, aunque esté al fuego en el asador, sin perjudicar al hombre; á no ser que le insulten, ó tenga mucha hambre, porque entónces no le perdona. Suponen que si está cebado á comer hombres, prefiere su carne á todo alimento; y lo cierto es que desde que estoy en el Paragüay han comido los pocos Yagüaretés á seis hombres, sacando á dos de ellos de enmedio de la tropa que se calentaba al fuego.“ (Azara, 1802, p. 92-95)

No por nada, en la película se duerme abrazado al caballo. Porque Azara y doscientos veinte años más tarde Lucrecia Martel, nos recuerdan que la naturaleza, a fin de cuentas, no solo nos mira y nos observa: sin nosotros, sin las palabras, sin un cuaderno de notas, sin las imágenes, sin la cámara, tampoco se sostendría.

#### Bibliografía

AZARA, Félix de. *Apuntamientos para la Historia Natural de los cuadrúpedos del*

“El pasado era un cuadernillo de notas que se me extravió.”  
A propósito de Zama, de Lucrecia Martel (Argentina, 2017)

*Paraguay y Río de la Plata*, Tomo I, Madrid:Viuda de Ibarra, 1802.

\_\_\_\_\_. Geografía física y esférica de las Provincias del Paraguay y Misiones Guaraníes, *Anales del Museo Nacional de Montevideo*, 1904.

DI BENEDETTO, Antonio. *Zama*, Buenos Aires:Alianza, 1984.

FILER, Malva E. *La novela y el diálogo de los textos: Zama de Antonio di Benedetto*, México: Oasis, 1982.

MIRANDA, Adriana. *El objeto viviente*. Buenos Aires: Colección fotógrafos argentinos, 2016 (Prólogo: Irina Podgorny, „Fósiles de Luz“).

PODGORNY, Irina. De los sapos, curas, culebras, tipógrafos e ingenieros. La historia natural y la burocracia del saber en la América meridional, 1790-1840. En: *Una patria literaria*, Buenos Aires: Emecé, 2014, p. 443-462.

\_\_\_\_\_. Las Instrucciones y las cosas. *Revista Hispánica Moderna*, Nueva York-Columbia University, The University of Pennsylvania Press, vol. 71, 1, p. 23-38, 2018.